

Tiempo, tiempo histórico, tiempo de historia

Creo que esta oportunidad única e irreplicable —que no volverá a presentarse en cientos de generaciones—, de poder presenciar un final-principio de siglo, encastrado en un final-principio de milenio, es el momento ideal para dedicarlo a reflexionar sobre la compleja noción de tiempo. O, al menos, para zigzaguear sobre este manoseado concepto, tan desprestigiado y vaciado de contenido desde el comienzo de nuestro siglo por la célebre fórmula de Einstein que ponía en solfa la seriedad como categorías universales del tiempo y del espacio.

Nuestro propósito en esta sencilla reflexión es muy llano: profundizar en la medida de nuestras escasas capacidades en la apreciación del tiempo; en su percepción personal y subjetiva, o en las dimensiones sociales e históricas que todo tiempo posee.

En primer lugar debemos aclarar que, como toda riqueza, el tiempo es escaso y está mal repartido; a unos les sobra y lo dilapidan sin tiento, a otros les falta y quisieran usarlo con avaricia; por ello nuestra cultura popular está cuajada de consejas y refranes sobre las formas de gastar o ahorrar tiempo: «El tiempo es oro —dice un axioma muy extendido y repetido—, y el que lo pierde es un bobo».

La verdad es que —con la formulación de Einstein o sin ella—, el tiempo, como el dinero, es un invento humano, subjetivo y relativo. En la infinitud del Universo el tiempo no pasa, creando una eternidad silenciosa y perenne donde todo se repite sin inicios ni conclusiones.

Solo nosotros hemos creado los segundos, los minutos y las horas para medir nuestra propia brevedad y lo atropellado de nuestros senti-

mientos. Solo el hombre ha deseado medir su propia vida en años, meses, semanas o días, creando conceptos que solamente tienen sentido para él, pero que carecen de sentido para otras especies zoológicas o botánicas.

Es más, el hombre ha inventado el «tiempo histórico» para tratar de secuencializar también las vidas de los que le precedieron en el uso del planeta. Es éste un tiempo exclusivamente humano, social, manipulable, que no tiene correspondencia con el tiempo astral o geológico, de dimensiones tan constantes, que somos incapaces de concebirle.

El tiempo histórico es el que está repartido por toda la Humanidad, pero no es la biografía de cada uno de sus componentes. Las tribulaciones de los vecinos de una ciudad no son la historia de esa ciudad, sino solamente en lo que tengan de colectivo y social.

Aún así, también debemos aclarar que el Tiempo de Historia —el tiempo que está recogido en los tratados y crónicas de nuestro pasado cultural—, tampoco se corresponde puntualmente con el tiempo histórico ni con el tiempo transcurrido desde que la sociedad humana fue consciente de su propia historicidad. El tiempo de historia lo tejen los historiadores con los hilos y madejas que van entresacando de las notificaciones del pasado, de sus documentos o de sus huellas.

Todo es, pues, de una notable relatividad; y el hablar de siglos o de milenios, el organizar ruidosas fiestas para celebrar entradas y salidas de no se sabe dónde, solamente son trucos que utilizamos para no sentir la angustia de la brevedad del tiempo y de la existencia.

MARCELINO CARDALLIAGUET
Director

ARTÍCULOS Y ESTUDIOS



Una Extremadura n...
El territorio que hoy conocemos como Extremadura ha experimentado a lo largo de los cien años que suponen el siglo XX acontecimientos de gran resonancia geográfica y social, que han marcado de manera decisiva en su trayectoria histórica. Entre ellos hay que destacar los hechos trascendentales que capitularon en la configuración de la fisonomía actual de la región: el éxodo migratorio, a la vez que el desarrollo de la agricultura, a la configuración política como Comunidad Autónoma. Los hechos se han producido en la segunda mitad del siglo, concretamente en el último tercio del siglo. Hasta entonces puede hablarse de un continuado proceso de la morfología social de los siglos anteriores. Por eso no consideramos tan relevantes otros acontecimientos de indiscutible relevancia histórica, pero cuya influencia en Extremadura no posee la importancia de los mencionados.

El primero de ellos constituye la verdadera crisis del modelo económico ancestral, expresado en la quiebra del modelo agrario y social de la Extremadura rural. El impacto de la mecanización y los rápidos progresos de la información y las comunicaciones, patentizan la superpoblación de un espacio incluído en el burocrático mundificio —gran propiedad que se manifiesta totalmente ineficiente.

El segundo supone la inversión más importante de toda la historia regional en capital humano: la accesibilidad de la educación y su implantación «doméstica», cierra uno de los problemas estructurales más graves del pasado: el analfabetismo y la fuga de cerebros.